

CRISTÓBAL COLÓN

*Diario del primer viaje*¹

(Fragmento)

En la entrada fechada el 11 de octubre de 1492 (que en realidad se extiende a la mañana del día 12, según la costumbre náutica vigente entonces de computar las jornadas a partir del mediodía), consigna el Diario del primer viaje de Cristóbal Colón, en la versión resumida de fray Bartolomé de las Casas:

Jueves, 11 de Octubre. Navegó al Güesudeste. Vieron pardelas [sc. *gaviotines*] y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedaço de caña y otra yerva que naçe en la tierra y una tablilla. Los de la caravela Niña vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos [sc. *percebes*]. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, 27 leguas.

Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Güeste. Andarían doze millas cada ora, y hasta dos horas después de media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la caravela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas qu'el Almirante avía mandado.

Esta tierra vido primero un marinero que se dezía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pero Gutiérrez repostero d'estrados del Rey e díxole que parecía lumbre, que mirasse él, y así lo hizo, y vídola. Díxolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, qu'el Rey y la Reina enbiavan en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver.

Después qu'el Almirante lo dixo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alçava y levantava, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra; pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra.

Por lo cual, cuando dixeron la *Salve*, que la acostumbran a dezir e cantar a su manera todos los marineros y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiziesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dixese primero que vía la tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes avían prometido, que eran diez mill maravedís de juro a quien primero la viesse.

A las dos oras después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treco, que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua [30] de indios Guanahaní [sc. una de las Antillas Menores].

Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinçón y Vicente Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la vandra real y los capitanes con dos vanderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una I, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la + y otra del otro.

Puestos en tierra, vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo d'Escobedo escrivano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomava, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey e por la Reina sus señores, haziendo las protestaçiones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hizieron por escripto.

Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegacion y descubrimiento de estas Indias.

“Yo”, dize él, “porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognosçí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no por fuerça, les di a alguno de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla.

“Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estávamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nosotros les dávamos, como cuentecillas de vidrio y cascaveles. En fin, todo tomavan y daban de aquello que tenían de buen voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo.

“Ellos andan todos desnudos, como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide más de una farto moça, y todos los que yo vi eran todos mançebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los [31] cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de cavallos e cortos.

“Los cabellos traen por ençima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D'ellos se pintan de prieto, y <d'>ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y <d'>ellos se pintan de blanco y d'ellos de colorado y d'ellos de lo que fallan; y d'ellos se pintan las caras, y d'ellos todo el cuerpo, y d'ellos solos los ojos, y d'ellos solo la nariz.

“Ellos no traen armas ni las cognosçen, porque les mostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas tienen al cabo un diente de peçe, y otras de otras cosas.

“Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que traían señales de feridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí

venían gente de otras islas que estaban açerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí e creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos.

“Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo plaziendo a Nuestro Señor llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que deprendan hablar.

“Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla”. Todas son palabras del Almirante.

¹ En Cristóbal Colón (1982) *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales* (Madrid: Alianza). Edición, prólogo y notas de Consuelo Varela.